

ARKHAM  
HORROR

# ORÍGENES OSCUROS

∞ ANTOLOGÍA VOLUMEN UNO ∞

DAVE GROSS • GRAEME DAVIS

minotauro

ARKHAM HORROR

ORÍGENES  
OSCUROS

Antología, Volumen Uno

DAVE GROSS  
GRAEME DAVIS

minotauro

*Orígenes oscuros: Antología, Volumen Uno*

Published by Aconyte Books, 2021  
Copyright © 2023 Fantasy Flight Games. Reservados todos los derechos.  
Arkham Horror y el logotipo de FFG son marcas comerciales  
de Asmodee Group y / o sus afiliados.  
Reservados todos los derechos.

Originally published as *Dark Origins (The Collected Novellas, Volume One)*

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.  
Copyright © 2023 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.  
Reservados todos los derechos.

Traducción: ©Laura Vázquez, 2023  
Imagen de cubierta: Anders Finér

ISBN: 978-84-450-1495-0  
Depósito legal: B. 13.419-2023  
*Printed in EU* / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible



Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

## ÍNDICE

<i>La hora de la cazadora</i> de Dave Gross .....	7
<i>La elegía de la razón</i> de Graeme Davis .....	149

## CAPÍTULO UNO

El chillido del silbato la arrancó de una pesadilla de un manicomio y una sacudida simultánea amenazó con tirarla al suelo antes de que pudiera aferrarse al reposabrazos. Durante un interminable instante no supo si se trataba de Izzie, encerrada en una sauna indeseada; o de Jenny, una pasajera de un tren que ralentizaba su marcha.

—¡Última parada! —gritó el inspector—. Arkham, Massachusetts.

Jenny se incorporó con el corazón martilleándole el pecho y controló la respiración para relajarse.

—Espera, Izzie —murmuró—. Ya voy.

El vapor pasó frente a las ventanas del vagón mientras los frenos chirriaban y el motor dejaba de resoplar. El resto de pasajeros, todos ellos hombres, ya se había puesto en pie: vestidos con trajes marrones y gafas con montura de alambre, parecían banqueros volviendo de sus reuniones en Boston.

Ninguno de ellos intentó entablar una conversación durante el viaje, algo que, dadas las circunstancias, Jenny consideró un alivio. Aun así, aquello hizo que se preguntara cuán desatreglada debía parecer. Al ser la única mujer del vagón, esperaba recibir algo de atención. En París, Jenny no hubiera podido ir andando de su piso a la cafetería sin esquivar tres flirteos y una proposición.

Las cartas de Izzie se habían caído de la revista literaria mientras Jenny dormitaba. La publicación descansaba sobre su regazo abierta por la última página de *Colinas como elefantes blancos* de

Hemingway. El día que dejó París, había buscado en media docena de tiendas qué había hecho el editor con la última obra del autor hasta que finalmente compró una copia en Shakespeare and Company junto con unos cuantos paquetes de Gauloises.

Mientras recogía las páginas de las cartas de Izzie del suelo, Jenny entrevió un pasaje perturbador:

*...huellas en el bosque. Quiero decir, ¡era un hombre vestido con una capa oscura! Estaba ahí de pie mirándome mientras esos terribles gritos continuaban sin cesar y...*

Jenny dobló la carta. Aquello era una locura.

Por supuesto, los médicos habían dicho lo mismo cuando recluyeron a Izzie.

Tras meses visitando a su hermana en el manicomio, Jenny había huido de sus dramas familiares para vivir con su tía en París. Izzie lo hizo por sí misma mucho después con la aprobación provisional de su psiquiatra. A pesar de la culpa que sentía por haber abandonado a su hermana, Jenny le escribió y, tras meses de doloroso silencio, Izzie comenzó a responder hasta que poco a poco volvieron a convertirse en confidentes, como lo habían sido de pequeñas. Sin embargo, justo cuando Jenny empezó a creer que lo peor ya había pasado, los sucesos extraños que Izzie había descrito en sus últimas cartas frustraron sus esperanzas.

El tren se detuvo y guardó la última página con el resto de cartas antes de volver a introducir la revista en su bolso.

Cuando el jefe de estación abrió la puerta, los hombres salieron apresuradamente y Jenny les gritó:

—¡Vosotros sí que sabéis tratar a una dama!

Nadie volvió la vista atrás, pero no pasaba nada. Cuando Jenny estaba baja de ánimos, siempre la animaba un toque de descaro, incluso cuando este pasaba desapercibido.

Los hombres corrieron por la plataforma para terminar dándose codazos en la parada de taxis. El sol ya se había puesto y las luces eléctricas de la estación bañaban sus rostros con una palidez inquietante.

«¿Qué mosca les ha picado?», se preguntó Jenny. Si alguien tenía razones para darse prisa, era ella. Por desgracia, no sabía con certeza dónde encontrar la habitación de hotel que había reservado desde Boston. Y, lo que era peor, no tenía ni idea de dónde se alojaría Izzie en Arkham, pues la dirección del remitente solo rezaba «Entrega general».

Jenny bajó del tren y el jefe de estación, un hombre de pelo canoso, le tendió la mano. Con la otra, se tocó la visera de su gorra e hizo una reverencia con cuidado de que esta no interfiriese con su dolor de espalda.

—Señorita.

Jenny le dedicó una sonrisa. A pesar de lo que había ocurrido con el resto de pasajeros, parecía que la educación no estaba del todo extinta en Arkham.

Una brisa desperdigó las hojas por la plataforma y los tonos rojos y amarillos de los arces y los robles, respectivamente, se escabulleron entre sus pies junto con un folleto naranja arrugado. Jenny tomó el panfleto y lo sujetó a la luz.

*FIESTA DE LA COSECHA DE ARKHAM*

*Del 22 al 30 de octubre*

*Plaza de la Independencia*

*Desfile y concurso*

*Rey y reina de la cosecha*

*Baile formal*

*Paseos en carros de heno*

*Banquete de la Fiesta de la cosecha*

*Diversión saludable para toda la familia*

*Los voluntarios pueden contactar con la presidenta, la Sra.*

*Winthrop Olmstead*

El texto era bastante banal, pero Jenny ahogó un grito al ver la imagen que lo acompañaba. Era una representación bruta del rostro de un hombre, tan irregular como si la hubieran tallado

en una piedra muy erosionada. El cabello y la barba del hombre parecían trenzados, pero Jenny sabía que los aparentes mechones de aquella copia aproximada eran hojas de sauce. Había visto la misma imagen en uno de sus medallones, y le había pagado a un joyero marsellés para que le hiciera un duplicado de este a Izzie. Ambos eran iguales y (por lo que Jenny sabía) solo había dos en todo el mundo.

Jenny se llevó la mano a la garganta, pero únicamente acarició sus perlas de viaje. Sin embargo, antes de que pudiera entrar en pánico, recordó que había guardado el medallón a buen recaudo en su equipaje. En una de sus cartas, Izzie le había preguntado si aún lo llevaba, así que Jenny se lo había traído como si se tratara de un talismán. Quizás le había traído suerte, porque el hecho de que apareciese en el folleto confirmaba que Izzie estaba en Arkham.

—Le he preguntado si viene por el festival, señorita —repetió el viejo jefe de estación.

—¡Oh! —Una ráfaga de viento le arrebató el panfleto a Jenny—. No, he venido a... eh... visitar a mi hermana.

Se contuvo de decir «buscar».

Tras el jefe de estación, una camioneta se alejó de la parada de taxis con las maletas amontonadas en su parte trasera, entre las que Jenny reconoció su equipaje monogramado con las letras gBe repleto de sellos de toda Europa, Oriente Medio y el norte de África.

—¿Ese es...? —comenzó.

—No se preocupe, señorita. Bill Washington se lo llevará al hotel. Solo tiene que... —No había más taxis esperando en la cola, por lo que el jefe de estación miró su reloj y frunció el ceño—. Estoy seguro de que pasará otro en cualquier momento.

Y tras decir esto, volvió a su despacho.

El tono dubitativo que había empleado el hombre no tranquilizó demasiado a Jenny, quien se preguntó cuánto tiempo



tendría que esperar. La única persona que quedaba en la plataforma era un joven fornido ataviado con un mono grasiento que acababa de descargar un sidecar del tren y en esos momentos lo estaba acoplando a una motocicleta roja. No podía ver su rostro, pero sus hombros serían la envidia de cualquier jugador de rugby. Una columna de humo azul se elevó por encima de su gorra de repartidor de periódicos.

Una nueva ráfaga de viento sopló a través de la plataforma y Jenny se frotó los brazos lamentando no haberse puesto un suéter. Entonces, desde algún lugar de la oscuridad que le rodeaba, oyó un alarido lastimero. Al principio le había parecido humano, pero, cuando volvió a sonar, decidió que se trataba de un animal; un cordero, quizás. Jenny se planteó lo que significaba la Fiesta de la cosecha para el ganado.

«Buena suerte escapando de la cena, pequeñín».

En cuanto el motor del tren comenzó a avanzar lentamente, el mecánico fue al otro lado de la motocicleta y Jenny vislumbró una enorme llave inglesa rodeada por un puño formado únicamente por nudillos y tendones. De pronto, las luces del despacho del jefe de estación se apagaron, así como las de la plataforma pocos segundos después.

—¡Eh, Charley! —gritó el mecánico con una voz aguda—. ¡Estoy trabajando!

—Lo siento, Lonnie.

Las luces de la plataforma volvieron a encenderse y, poco después, Charley salió del despacho, cerró la puerta con llave y comenzó a alejarse.

—¡Perdone! —gritó Jenny—. ¿Adónde va?

—Lo siento, señorita. Ese era el último tren, así que ya ha acabado mi turno.

—No esperará que me quede aquí sola hasta que llegue un taxi, ¿no?

—Lonnie le echará un ojo hasta entonces —dijo el anciano—. ¿Verdad, Lonnie?

Aquella enorme llave inglesa se alzó desde la parte trasera de la motocicleta e hizo un gesto de asentimiento.

A Jenny no le hizo mucha gracia, pero tampoco veía ninguna alternativa que no fuera montar el tipo de escándalo que consideraba indigno de ella. Además, tampoco era como si no pudiera cuidar de sí misma si ese tal Lonnie resultaba ser un vivaracho.

O eso le gustaba decirse a sí misma.

Jenny sacó la pitillera de su bolso y comenzó a darle vueltas al estuche, pero, tras una nueva ráfaga de viento, dejó de luchar contra el encendedor. Cuando se disponía a meterlo todo de nuevo en el bolso, divisó una figura de pie justo detrás de la esquina más alejada de la estación.

Envuelta en una capa de sombras, aquella figura parecía más alta y recta que la de Charley. Además, Jenny había visto al jefe de estación alejarse en dirección contraria.

—¿Quién anda ahí? —Dejó la mano en el interior del bolso con la esperanza de que aquel posible donjuán pensara que ocultaba un revólver.

El hombre dio un paso al frente y supo que había algo raro en la forma en la que se movía. Únicamente su hombro y una de sus piernas quedaron bañados por la luz, mientras que las sombras se arremolinaron bajo su abrigo y advirtió que parecía tener la pierna torcida. Casi podías imaginarte una pezuña en el lugar donde debería tener el pie.

Jenny recordó el poema de E. E. Cummings sobre la primavera con su hombre de los globos con pies de cabra. No obstante, a diferencia del fauno silbante que aparece en el poema, la figura de la plataforma permaneció en silencio. Entonces recordó unas frases de la carta de Izzie: «... ¡era un hombre vestido con una capa oscura! Estaba ahí de pie mirándome...». Un sudor frío le recorrió la columna.

Puesto que el miedo solo anima a los hombres malvados, siguió adelante con su engaño: formó una pistola con los dedos y apuntó con la bolsa al extraño.

—Da la cara.

Era difícil parecer amenazadora sin sacar un arma que no estaba en su bolsa. Durante un largo y gélido rato, la figura permaneció inmóvil.

Entonces dio un paso al frente.

—Te lo advierto —le avisó Jenny, quien evitó que su voz sonara acompañada de un gorjeo, aunque este se quedó atascado en su garganta como una paloma atrapada en una chimenea.

El extraño dio otro paso.

Una mano se posó sobre el hombro de Jenny y esta se dio la vuelta dejando escapar la paloma.

—¡Aaah!

Una enorme llave inglesa repiqueteó sobre el suelo de la plataforma y Lonnie chilló también, con un tono más agudo y durante más tiempo que Jenny. El cigarro rebotó contra la parte delantera de su mono grasiento y soltó una chispa sobre el suelo de la plataforma. Aquella fue la primera vez que Jenny vio con claridad al mecánico.

Lonnie no era un hombretón fornido, después de todo, sino una muchachota fornida. Sin embargo, la revelación no sirvió de mucho para disminuir la amenaza del enorme puño que aguardaba tembloroso preparado para atacar junto a una mejilla salpicada de pecas.

—¡Lo siento! —gritaron ambas.

—No era mi intención sobresaltarla, señorita —Lonnie bajó el puño con las mejillas sonrojadas (aunque Jenny no supo decir si sería de nervios o por vergüenza).

—Ahí hay un hombre —dijo Jenny, quien señaló hacia donde se encontraba el intruso, pero allí no había nadie—. Oh, se ha ido.

—¿No es eso lo que ocurre siempre? —Lonnie recogió su cigarro y, cuando se levantó, su sonrisa torcida reveló que le faltaba un colmillo.

Jenny suspiró mientras la tensión abandonaba sus brazos temblorosos y sacudió la mano un segundo antes de extraer el «arma» de su bolso.

—Ese tipo de hombres no me preocupan —dijo—. Es solo que con este viento, lo oscuro que está todo, la brisa y las hojas...

—Sí... es espeluznante. —Lonnie bajó la mirada hacia ella. La mecánica medía un metro ochenta y su camisa de trabajo se ajustaba en torno a sus bíceps con forma de bala de cañón. Cuando esbozó una sonrisa, los músculos de su cuello resaltaron—. Escuche, no me importa quedarme por aquí, pero no creo que vaya a venir otro taxi. Usted no es la única en Arkham con escalofríos últimamente.

—¿Eh? —preguntó Jenny—. ¿A qué se refiere?

—Supongo que para los de la gran ciudad esto no es nada nuevo, pero en una ciudad pequeña como Arkham a la gente le conmociona que las jóvenes desaparezcan.

Jenny cerró el puño con fuerza para reprimir los temblores, pero no supo decir si estos se debían al miedo o a la rabia.

—¿Jóvenes, en plural? —preguntó—. ¿Cuánto hace que comenzó a ocurrir esto?

—Supongo que desde finales de verano.

Jenny calculó los tiempos de entrega del correo intercontinental. Izzie no podía haber sido una víctima de aquella ola de secuestros... salvo que hubiese sido la primera. Se planteó relajar el ambiente parafraseando el proverbio de Wilde que decía que perder a más de uno parecía un descuido, pero decidió que no era momento para bromas.

—Escuche, señorita... —comenzó Lonnie.

—Barnes.

—Lonnie Ritter, del taller de motores y fontanería de los Ritter. Espere, tengo una tarjeta. —Rebuscó en el interior del bolsillo del pecho de su mono y sacó de él un papel rectangular sucio. Lo frotó con la base de su pulgar, pero se lo pasó a Jenny

en cuanto quedó claro que solo estaba consiguiendo dejarlo aún peor.

—Dígame, Lonnie —dijo Jenny al tiempo que dejaba caer la tarjeta en su bolso—. ¿Qué le parecería si le pagara por llevarme?

—¿Lo haría? —Lonnie dio unos golpecitos a su cigarro para dejar caer la ceniza y miró de arriba a abajo el vestido francés de Jenny—. ¿A una mujer tan sofisticada como usted no le daría miedo viajar en un sidecar?

—Conduciría yo misma la moto si me dice cómo llegar al Hotel Continental.

—¡Ni hablar! Mi padre pidió especialmente esta burra. Matará a quienquiera que le haga un arañazo a la Jefaza, ¡y a mí también! Súbase.

Jenny se metió en el sidecar esquivando la enorme caja de herramientas que Lonnie había dejado en el suelo mientras esta se sentaba a horcajadas sobre la moto y se bajaba la visera de la gorra.

—Debería hacerme con unas gafas —suspiró—. Con un gorro de aviador estaría igualita que Amelia Earhart.

—¿Quién es esa?

—¿Que quién es Amelia Earhart?! Pues la piloto de *El Canario*, ¡con el que marcó un nuevo récord de altura para las mujeres! Yo le estreché la mano en Boston.

Jenny lanzó una mirada mordaz a los heroicos brazos de Lonnie.

—¿Y la señorita Earhart ha recuperado el movimiento en esa mano?

—¡Ja! —Lonnie agarró los manillares de la moto y arrancó el motor a la segunda patada. Con un rugido, esta saltó de la plataforma a la calle. Lonnie escupió su cigarro y Jenny se sujetó el sombrero.

Cuando daban la vuelta a la primera esquina, el sidecar se levantó un pie del suelo.

—¿Cuánto pesas? —gritó Lonnie—. ¿Unos cuarenta kilos?

Jenny se esforzó por sonreír como si se tratase de un cumplido, pero sintió cómo su estómago se revolvía y se agarró a la barra de seguridad con la esperanza de que no fuera demasiado obvio que lo hacía por temor a perder su vida.

Pasaron junto a varias fábricas y almacenes oscuros únicamente iluminados por las balizas solitarias de los puestos de guardia. Unas sombras negras se agolpaban bajo los muelles de carga y las torres de agua. El único edificio que seguía repleto de oficinas iluminadas era el «Arkham Advertiser», de acuerdo a las gigantescas letras blancas que lo adornaban. Jenny notó el olor a tinta y el zumbido y el repiqueteo de una imprenta.

Los edificios industriales dieron paso a los bloques residenciales, donde los tendedores entrecruzaban los callejones tenebrosos que se formaban entre las viviendas de ladrillo. Jenny procuró no imaginarlos como enormes telarañas. Mientras Lonnie conducía frente a una hilera de escaparates, el faro de la motocicleta se deslizó sobre un cartel que rezaba «Tienda de curiosidades».

—Qué pintoresco —comentó Jenny, pero Lonnie no la escuchó sobre el rugido del motor de la Jefaza.

Pasaron junto a un cartel que señalaba el río Miskatonic y ascendieron por un puente elevado. A ambos lados, las olas de las corrientes sombrías reflejaban la luz de las farolas situadas en la ribera.

Al sur del río, Lonnie tomó la siguiente curva algo más despacio; un acto de cortesía que les salvaría la vida.

Una figura con cuernos se irguió con un chillido ante ellas y Lonnie pisó los frenos con tal fuerza que la rueda trasera se elevó junto con el sidecar. Entonces la burra giró, lo que dejó a Jenny mirando cara a cara al intruso en la carretera.

—¡Blaaaah! —Unas fauces repletas de dientes se abrieron ante Jenny desprendiendo un hedor horroroso.

—¿Pero qué demonios...? —bramó Lonnie.

—¡Naaaah! —baló la cabra. Su pelaje era negro a excepción de una mancha roja del color del óxido alrededor de uno de los ojos y un cuerno. De su cuello colgaba una cuerda cuyo extremo deshilachado estaba empapado en saliva.

Jenny se alejó de la peste a corral que emanaba aquel animal, pero su hocico la siguió hasta el sidecar, en cuyo interior se sumergió en busca de comida. La joven rescató su bolso y se subió al asiento mientras la cabra mordisqueaba la punta de sus Mary Janes. Entonces pataleó, aunque no con demasiada fuerza por temor a enfurecer a la bestia.

—¡Shhh! ¡Fuera, granuja!

Lonnie rio a carcajadas.

—¿Así es como tratan a los depredadores en la gran ciudad?

—Este no es exactamente el tipo de depredador que te encuentras por París.

—¿París? ¡*Oh là là!*

Al principio Jenny no sabía si el tono de Lonnie era de admiración o de burla, pero un vistazo rápido a la sonrisa desdentada de aquella enorme mujer le convenció de su sinceridad.

Jenny se bajó de un salto del sidecar.

—Ahora que lo pienso, no es tan peluda como algunos de los franceses que he conocido.

La mujer se detuvo por un segundo permitiendo que la cabra olfatease los alrededores del sidecar mientras Lonnie se recuperaba de su último ataque de risa. Era un sonido contagioso, pero Jenny se sorprendió al ver que era curiosamente inmune a él. Se preguntó cuán cerca estaría Izzie. Si Jenny la llamaba, ¿la oiría?

La joven miró hacia los embarcaderos que se adentraban en el río tras la calle ribereña. Su primera impresión fue que no habrían desentonado en una de las pequeñas ciudades situadas a lo largo del Sena, pero entonces advirtió un logotipo estridente en uno de los laterales de una empresa de transporte de mercancías y otro en la gasolinera junto a esta. Cada vez que

veía señales de progreso en aquella ciudad estadounidense, estos siempre venían en forma de anuncios ostentosos y, si bien era cierto que la publicidad debía dejar huella, prefería verla representada en forma de *art nouveau*.

Un cartel pegado a una farola cercana le llamó la atención. El aviso incluía la imagen blanqueada por el sol y manchada por la lluvia de una chica con trenzas claras y un vestido a cuadros. «DESAPARECIDA: ANGELA HOUSTON», rezaba el título. Y debajo en una letra más pequeña, continuaba: «SI LA VE, LLAME AL DEPARTAMENTO DEL *SHERIFF*».

El sonido del motor de un automóvil que se aproximaba sacó a Jenny de sus ensoñaciones. El coche de un *sheriff* derrapó hasta detenerse junto a la cabra y de él salió un joven uniformado que jugueteó con su gorra de ayudante antes de tirarla en el asiento delantero.

—¡Lonnie! ¿Estás bien?

—Claro que sí, Gal —respondió esta—. Tengo a tu cabra.

—No es mi cabra. —El suspiro del ayudante del *sheriff* surgió que ya había oído esa broma antes—. Es la segunda vez esta semana que esa pilla se escapa de la granja de los Schrader.

Gal se acercó para agarrar las ataduras rotas y, al ver a Jenny, su mano se alzó para quitarse la gorra que ya no llevaba.

—Buenas noches, señorita. Permítame que... ¡Uf!

La cabra embistió contra el vientre del ayudante y Gal se dobló de dolor antes de volver a incorporarse mientras sus mejillas comenzaban a sonrojarse. Jenny comprobó aliviada que aquel joven no parecía herido.

Gal agitó el puño en dirección a la cabra.

—Serás cascarrabias... —Echó una ojeada avergonzada a Jenny y se abstuvo de añadir nada más.

—¡Así se habla, Gal! —Lonnie rodeó con el brazo las patas traseras del animal y lo sujetó desde el lado para esquivar una patada—. ¡Vamos, agárrale las patas delanteras!

Gal tomó las patas y el cuello de la cabra presionando su ca-



beza contra este para esquivar sus cuernos y juntos levantaron la bestia del suelo y la metieron en el asiento trasero del coche del *sheriff*. Tras esto, Lonnie cerró la puerta de un golpe y la cebra baló un quejido y sacó la cabeza por el asiento delantero.

—Oh, no, ¡ni lo sueñes! —Gal se metió en el coche para rescatar su gorra y, con un suspiro de alivio, se volvió hacia las dos mujeres—. Gracias, Lonnie.

—Ya sabes que no me molesta cuidar de ti, Gal —respondió ella—. Señorita Barnes, ¿sabía que cuando íbamos a la escuela...?

—Lonnie, para.

Sin embargo, esta continuó sin vacilar.

—Galeas Morgan era el chico más pequeño de nuestra clase. A veces, los otros lo pillaban después de aritmética...

—Lonnie —suplicó Gal con una voz profunda que le recordó a Jenny a un barítono que había conocido en el Teatro de la Scala. Era un palmo más alto que Lonnie y tan delgado que sospechaba que se saltaba alguna que otra comida.

Jenny pensó que quizás le vendría bien la ayuda de un ayudante del *sheriff* amable durante su búsqueda de Izzie, por lo que lo mejor sería llevarse bien con ese.

—Fuera cual fuera su tamaño de pequeño —dijo—, creo que todos estamos de acuerdo en que ha madurado de forma admirable. Gracias por su ayuda, ayudante Morgan.

Los ojos de Gal brillaron con gratitud.

Lonnie se encogió de hombros, extendió una pierna sobre la motocicleta y la reanimó de una patada.

—Será mejor que nos pongamos en marcha.

Gal se puso la gorra y se tocó la visera.

—Disfrute de la Fiesta de la cosecha, señorita...

—Barnes.

—Dígame, señorita Barnes, ¿por casualidad no habrá visto una camioneta negra o verde esta noche, no?

—He venido directamente desde la estación —respondió

ella. Se planteó mencionar lo de la extraña figura de la plataforma, pero decidió que sería mejor no parecer un manojo de nervios. Sin embargo, la curiosidad pudo con ella—. ¿Por qué lo pregunta?

Gal abrió la boca para responder, pero el sonido de algo desgarrándose procedente del coche del *sheriff* llamó su atención. La cabra le había hincado el diente a la tapicería.

—Eh, ¡basta, demonio! —Gal se precipitó una vez más hacia el coche.

—Vamos, señorita Barnes —la apremió Lonnie—. Mi padre se preocupa si vuelvo demasiado tarde.

Reprimiendo una carcajada ante el ridículo forcejeo de Gal contra la cabra a la que a partir de ahora llamaría «Demonio», Jenny volvió a meterse en el sidecar.

—¡Buena suerte, Gal! —gritó Lonnie mientras se alejaban como un bólido.

—¿A qué venía lo de la camioneta? —gritó Jenny por encima del rugido del motor.

La sonrisa de Lonnie se esfumó.

—Vieron una en los alrededores del lugar donde se produjo la última desaparición. El *sheriff* Engle tiene a todo el mundo alerta.

Condujeron a lo largo de la ribera hasta que Lonnie dirigió la moto hacia el corazón de aquella ciudad adormilada y ralentizó el ritmo a medida que se aproximaban a una casa de estilo colonial con una amplia veranda en la planta baja. Una luz amarilla titilaba a través de un par de ventanas de desván abovedadas, y la sombra que se atisbaba en una de ellas le confería al edificio cierto aire altanero mientras observaba desde arriba la entrada circular. Un cartel en el jardín redondo anunciaba que habían llegado al «Hotel Continental».

El portero miró con los ojos entrecerrados la motocicleta al ver cómo esta hacía crujir la gravilla bajo sus ruedas. Entonces divisó las perlas de Jenny y se apresuró hacia ellas.

—No he visto que Gal llevase anillo ninguno —comentó Jenny en cuanto se bajó.

—¿Qué?

—Quiero decir, es un buen partido, ¿no?

Las cejas de Lonnie se curvaron de forma cómica hasta convertirse en un par de arcos.

—¿Lo dice en serio? Quiero decir, una dama como usted nunca se interesaría por un tipo como...

Jenny sonrió satisfecha al ver que Lonnie había mordido el anzuelo. Se le daba bien reconocer el afecto disfrazado de acoso, pues ese había sido su propio *modus operandi* de pequeña.

—Simplemente me parece raro —dijo—. Un joven bien parecido como él, sin esposa, o al menos prometida... ¿Un amor, quizás?

—¡Ja! —Lonnie golpeó la gorra contra el muslo—. Gal ha estado demasiado ocupado cuidando de su vieja y sus hermanas desde que su padre y sus hermanos mayores... ya sabe.

—La guerra —asintió Jenny arrepintiéndose del giro que había dado la conversación. Había sido mucho más cruda en Europa, pero conocía a muchos estadounidenses que habían perdido a un ser querido en la Gran Guerra. Entonces le entregó cinco dólares a Lonnie—. Gracias por traerme.

Lonnie miró embobada el billete.

—Señorita Barnes, esto es demasiado.

—Nada de «señorita Barnes». —Jenny metió el billete en el bolsillo del pecho de Lonnie—. Mis amigos me llaman Jenny.